

Rall, D. y M. Rall. (2003). *Mira que si nos miran. Imágenes de México en la literatura de lengua alemana del siglo xx.* México: CELE-UNAM

Carmen Curcó

*Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras
Universidad Nacional Autónoma de México*

Hay textos académicos que son fáciles de leer, pero cuya lectura no nos dice mucho que no supiéramos antes. Otros son amenos y transitables, aportan información desconocida, pero no convencen. Algunos más están bien escritos, pero tienen poca importancia, y carecen de trascendencia, porque no ofrecen nada que impacte de manera significativa la forma en que miramos al mundo. Hay también textos elocuentes y persuasivos, pero escasos en honestidad, porque las limitaciones del autor pretenden esconderse tras sus palabras. Existen los que despliegan un manejo impecable de los recursos de la lengua, están bien estructurados, convencen, modifican nuestras concepciones, revelan autenticidad y honestidad, pero no estimulan. Se ha dicho entonces que un buen documento académico lo es en la medida en que reúne varios de los rasgos anteriores: calidad, legibilidad, amenidad, trascendencia e importancia, honestidad, novedad y capacidad de persuasión, de impacto significativo en el lector, y de constituirse como fuente sugerente, inspiradora y estimulante. Los textos imprescindibles los agrupan a todos simultáneamente y el libro de Dieter y Marlene Rall *Mira que si nos miran* es precisamente así.

Se trata de una compilación de estudios imagológicos producidos por ambos autores. No es que yo quiera empezar por el final, pero en las últimas páginas del volumen aparecen las fichas bibliográficas de versiones anteriores de los capítulos contenidos en este libro. Confieso que antes de descubrirlas, mientras leía (empezando por el principio) me di a una tarea sin importancia, pero divertida: tratar de identificar al escondido autor (o autores) de cada capítulo: ejercicio entretenido, pero inútil, sobra decirlo. Y es que el trabajo de Marlene y Dieter, como su vida, es un entramado de apariencia sólida, hermosa y colorida, donde la contribución de los diferentes hilos al efecto total no puede descubrirse más que con una inspección escrupulosa y detallada, y siempre sujeta al error. El texto revela esta realidad aun sin proponérselo. Así, encontramos a un autor que unas veces emplea la primera persona del singular y otras la del plural. Cito algunos ejemplos tomados al azar: “Aún **debemos** mencionar un argumento de la

teoría de las razas, que hoy sólo podemos desaprobamos enérgicamente” (p. 43), o “Con el fin de obtener datos concretos sobre “la otra lectura”, **escogimos** un texto con un imagotipo bastante perfilado” (p. 126) y más adelante: “Continuamente **cito** de publicaciones alemanas sobre Chiapas” (p. 230), o “Sin embargo, **me parece** que se requiere de otros parámetros para definir las imágenes de los alemanes y de Alemania en la literatura mexicana” (p. 261).

Del mismo modo, este humilde homenaje a Marlene no puede serlo plenamente sin, de alguna manera, constituirse también en un homenaje a Dieter. Ambos pertenecen a una élite. Una élite en el sentido que, según ellos mismos nos explican, se le da al término en Europa central. Allí, nos dicen, la palabra “designa a una minoría de privilegiados cuyas metas son elevadas y que se imponen, a la vez, fuertes exigencias para alcanzarlas”. No una élite en el otro sentido, el que, en contraste, ellos observan que tiene en México, donde “la expresión élite es utilizada más bien para designar a los *happy few* que han obtenido sus privilegios sin esfuerzo y los disfrutan para su propio provecho” (p. 55).

La lectura de *Mira que si nos miran* cautiva, entre otras cosas porque a través de una serie de observaciones agudas y esclarecedoras, como la anterior, el tránsito por sus capítulos nos obliga a mirarnos con otras lentes, desde otros ángulos, cambiando nuestros supuestos de base, advirtiendo por vez primera detalles insospechados, trastocando nuestro pensamiento de manera repentina, al inducirnos a pasar, como ellos indican, de la constatación “así somos” a la pregunta “¿así somos?” (p. 121), desatando en el proceso un caudal de reflexiones en el lector en torno a puntos inesperados.

En 12 capítulos, Dieter y Marlene estudian las imágenes de México en la literatura alemana, y en menor medida, las de Alemania en la producción literaria mexicana, y las clasifican según tres categorías: la manía, la fobia y la filia sugeridas por Pageaux (1983) y los diez imagotipos sugeridos por Siebemann (1992)¹, empleando también como herramienta elementos del análisis crítico del discurso, de la hermenéutica y de los estudios interculturales.

Además de hacerlo con el rigor que los caracteriza, a lo largo del libro nos regalan datos y observaciones puntuales verdaderamente fascinantes, como los contrastes en el concepto de ‘élite’, que ya mencioné, y otros a los que me referiré a continuación.

Por ejemplo, cualquier “PUMA” de corazón, permítaseme la expresión, no podrá más que observar nuestra Ciudad Universitaria con otros ojos, una vez enterado de que

¹ Estos imagotipos son: (1) La proyección de mitos bíblicos y de la antigüedad sobre el nuevo Mundo, (2) América como lugar de la utopía, (3) El carisma de las leyendas negras, (4) América como Eldorado, bonanza de riquezas inconmensurables, (5) América como continente de la barbarie, del canibalismo y de la naturaleza degradada, (6) América como región exótica, como lugar de lo indómito, de la naturaleza inviolada a fuerza de aislamiento, marcada por la anchura y la soledad, (7) El buen salvaje y sus variantes de las Amazonas, (8) Los americanos como seres humanos mejores que los europeos degenerados, nacida del cansancio de Europa y de la civilización, (9) América como un mundo destruido y explotado por los europeos y por el capitalismo y (10) El concepto antropológico de la alteridad (Siebenmann 1992: 17, citado en Rall y Rall 2003: 125).

en 1956 Max Frisch la describió como “Una oportunidad de la arquitectura moderna desaprovechada” (1956, citado en Rall y Rall 2003: 89). Pero, además, se preguntará también por qué Dieter y Marlene añaden unas cuantas páginas después que “(Frisch) Alaba la arquitectura mexicana para criticar la falta de libertad y creatividad del urbanismo suizo. Si publica su artículo sobre la oportunidad desaprovechada de la Ciudad Universitaria de México, tal parece que hace patente su descontento para que sus paisanos no crean que encuentra positivo todo lo ajeno y que desprecia lo propio” (p. 102). Puede ser. Pero, careciendo como carezco de todo conocimiento sobre el asunto, también me parece muy posible que Frisch genuinamente considerara que la arquitectura de nuestra casa es, en efecto, una oportunidad desaprovechada. Después de todo, no pocos analistas de la realidad latinoamericana actual parecerían haberse inspirado en Frisch al recurrir frecuentemente a la imagen de América Latina como un “subcontinente desperdiciado”, la cual destaca especialmente en muchos comentarios en torno a la reciente crisis argentina.

De cualquier forma, uno se pregunta si la aclaración sobre las causas que motivaron la aseveración de Frisch sobre Ciudad Universitaria que hacen Marlene y Dieter no revela también algo más. Tal vez deja ver que hay en el pensamiento de Dieter y Marlene un irreversible impacto de lo mexicano, de las formas en que tendemos a estructurar nuestras interacciones y a leer los hechos, que los ha impregnado ya de manera entrañable. Parecemos estar ante un estilo intelectual híbrido, en su mayor parte sanamente teutón, siguiendo la caracterización que hizo Galtung en 1985 (151-193, citado en Rall y Rall 2003: 135) y que ellos mismos emplean en su análisis, pero no del todo. La componente del estilo teutón, en el que “se procede a la crítica sin rodeos (y) las fórmulas de cortesía salen sobrando si existe el menor disenso”, en el que “se enfoca el punto más débil de la exposición, se disecciona con habilidad y sin misericordia, y (...) no se hace ningún intento por limpiar la sangre y por recomponer el ego lastimado” (p. 135), está dada por sus decididas críticas sin ambages cuando así lo requiere el rigor académico. Por ejemplo, cuando cuestionan la imagen del alcoholismo y la ebriedad en los indígenas presentada por Heise y Zornack (1987) (p. 117), o cuando aluden al poco aprovechamiento del potencial mágico de las culturas autóctonas por parte del realismo mágico mexicano (p. 173), o al cuestionar abiertamente la manera de escribir de algunos autores alemanes sobre el tercer mundo (p. 120). Estilo teutón, efectivamente, pero a la vez impregnado en alguna medida del deseo mexicano de, según ellos mismos lo describen, “tratarse con más cuidado que los ‘teutones’, (ya que los mexicanos) se preocupan más por las buenas relaciones que por la nítida aclaración de los hechos” (p. 142).

En cualquier caso, es posible no dar mucha importancia al comentario de Frisch sobre nuestro campus, pero es más difícil pasar por alto su conclusión sobre nuestro país, a la cual también aluden Marlene y Dieter en su libro: “Y yo creo que México no soltará a nadie que, por una vez, haya entrado en contacto con él, le perseguirá a uno como una tragedia, una contradicción insoluble, orquídeas y zopilotes, paraíso e infier-

no, encantador y nauseabundo, grandioso y atroz...uno jamás lo entenderá, sólo podrá profundizar en el no entendimiento que se abre desde el primer encuentro” (Frisch 1965: 221, citado en Rall y Rall 2003: 94).

Frisch tiene razón. Incluso en quienes nuestro primer contacto con México estuvo dado al nacer y crecer en él, estas palabras, pensadas para oídos extranjeros, tienen un impacto y una resonancia. Pero lo que importa no es tanto la agudeza del comentario de Frisch, sino el hecho de que hoy no podemos más que celebrar que, efectivamente, México no haya soltado a Dieter y a Marlene una vez que entraron en contacto con él.

Para concluir, y porque me dispongo a guardar silencio, quiero mencionar uno más de los muchos contrastes que el libro presenta y que cautivaron mi atención: el que señala precisamente las diferencias culturales en torno al significado del silencio. No es un tema nuevo, pero se aborda brevemente en el libro de manera lúcida y penetrante. Señalan Marlene y Dieter que “En el así llamado mundo occidental el silencio significa el reconocimiento de que el otro tiene mejores argumentos y, con ellos, gana el debate. En México, por el contrario, el silencio muchas veces entraña discrepancia: no se dice nada porque no se está de acuerdo. Se dice que el silencio en las culturas indígenas no significa ni consentimiento ni rechazo. El silencio significa que permanecen aparte, que no se sienten involucrados” (p.59). El silencio al que voy a circunscribirme no es el de la discrepancia, ni el que nos mantiene a distancia, o indiferentes, ni el de quien reconoce haber perdido un debate. Hay otro silencio, el de quien ha sido implicado, el que se guarda como prueba de adhesión, de respeto, de asombro, de admiración, de reconocimiento, en fin, es el silencio de agradecimiento por la oportunidad de estar cerca y de poder aprender y crecer a partir de la presencia permanente de Dieter y Marlene entre nosotros.